















su camita blanca, advirtiéndole que había muerto, no por lo pálida y silenciosa que estaba, sino porque la cubría un frío muy grande, como si estuviera envuelta en luz de luna.

El médico no supo ciertamente descubrir su enfermedad, aunque la examinó muy detenidamente, encontrando apenas, en el pecho y en la espalda de la niña muerta, dos minúsculas picaduras rojas. Nada más se pudo averiguar, y sobre su tumba pusieron lirios.

El balcón donde yo acababa de referir á Alicia la historia, había sido ya invadido por la noche. Sobre nuestras cabezas brillaban, solemnizando la paz grave de la sombra, los siete mundos de Orión. El viento pasó diciendo algo que no era evidentemente para nosotros. Brusca-mente comprendí que acababa de despertar una alma. ¿Con qué derecho? ¿No sabía perfectamente que la virginidad es nieve—nieve de lágrimas? Y buscaba sin resultado un epílogo vulgar que absorviera la emoción de mi historia, cuando allí, muy cerca, Alicia, ya invisible, borrada por la noche:

—¿Y Alberto....? dijo.

Una esperanza consoladora brilló en mi espíritu.

—¿Alberto?.

—Alberto, sí, ¿que hizo después?

Las estrellas, imposibles, miraban.

—Alberto continuó viviendo con la abuela, muy contento, aunque lamentando que su colección hubiera perdido una mariposa.

—....¿una mariposa?

LEOPOLDO LUGONES

## Un egoísta

HABÍA en él cuanto es necesario para ser el azote de una familia. Sin embargo nació sano y rico. Durante todo el curso de su vida continuó siendo rico y sano, por lo cual no cometió ningún acto vituperable. No se dejó arrastrar á ninguna falta de palabra ni de obra.

Era exquisitamente honrado, y orgulloso de su honradez, aplastaba con ella

á todo el mundo, parientes, amigos y conocidos. La honradez era un capital del que sacaba intereses usurarios. La honradez le daba derecho á ser implacable y á no hacer sino el bien prescrito, y era implacable y no hacía el bien, porque el bien meramente prescrito no es el bien.

Nunca se había ocupado más que de su propia persona, tan perfecta y ejemplar, y se indignaba muy sinceramente cuando las demás personas no se tomaban por él igual cuidado.

Por supuesto, no creía ser egoísta. Vituperaba y escarnecía por encima de todo el egoísmo y los egoístas. Se comprende! ¡el egoísmo ajeno molestaba al

No creyendo tener la más pequeña debilidad, no a ni perdonaba ninguna debilidad en los otros. En general, no comprendía nada nadie, pues por todas partes, por arriba y por abajo, por delante y por detrás, estaba rodeado por su propia persona.

Ni siquiera comprendía lo que significaba perdonar; no habiendo nunca tenido nada que perdonarse á sí mismo. ¿por qué iba á ponerse á perdonar á los demás?

Ante el juicio de su propia conciencia, á la faz de su propio Dios, él, esa maravilla, ese fenómeno de virtud, ponfáse la mano en el pecho, alzaba al cielo los ojos, y con voz clara y firme decía:

—S, soy un hombre digno de toda clase de respetos; soy un hombre moral.

Y repetía estas palabras en su lecho mortuorio; y aun entonces nada temblaba en ese corazón sin manchas ni grietas.

¡Oh fealdad de la virtud satisfecha de misma, inflexible, adquirida á bien poca costa! Eres casi tan repulsiva como la franca fealdad del vicio!

IVAN TURGUENEFF

## NOTAS

Para Corinto—

Partió el 8 del actual el señor Presidente de la República, acompañado de su estimable familia y de varios amigos suyos, entre los que se halla el Dr. don César Bonilla, Ministro de Gobernación y Relaciones Exteriores.

Les deseamos muy feliz viaje.